



CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS VI

ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA

Córdoba, 2001

**CRÓNICA DE CÓRDOBA
Y SUS PUEBLOS
VI**

COORDINADOR DE LA OBRA: JOAQUÍN CRIADO COSTA

ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA
Córdoba, 2000

Imprime:

Imprenta Provincial
Avda. del Mediterráneo, s/n.
14011 CÓRDOBA

I.S.B.N.: 84-8154-432-9

Dep. Legal: CO-222-01

REQUIEM POR UN MOLINO

J. Rafael VÁZQUEZ LESMES

*Estos, Fabio, ¡ay! dolor, que ves ahora,
campos de soledad...*

Permitidme, queridos paisanos y colegas en la crónica, que inicie esta humilde comunicación parafraseando al anónimo poeta, que en un momento de remembranzas y de íntimos sentimientos por la aflicción causada ante la contemplación de unas grandiosas ruinas, se alza con voz trémula y doliente, cantando la grandeza de lo que otrora representó.

Salvando las distancias no sólo del tiempo, sino también de las categorías poéticas, mis sinceros y sentidos ayes no van dirigidos a aquellos restos que nos legaron los romanos como una muestra de su importancia, sino a los más sencillos de un vetusto molino que nos contempla, exhalando los últimos extertores de su existencia y con el grito del desesperado queriendo dejarse oír en el último esfuerzo para ser escuchado.

Este Molino del Rey, tan cerca física y sentimentalmente de todos nosotros, ha sido a través del tiempo uno de los motores protagonistas del devenir histórico de este pequeño pueblo donde hoy nos encontramos. Abandonado de todos –gentes, autoridades e instituciones provinciales y comunitarias- contempla su propia ruina sin encontrar una mano amiga de última instancia en donde asirse para evitar lo inevitable. La desolación más profunda se apodera de todo aquel que se acerca a admirarlo sabiendo de la prioritaria participación de su actividad en el desarrollo de su pueblo y de sus gentes. Quisiera, en estos momentos de angustia y de agnías sin límites, mostrar a cada uno de los que le vuelven la espalda, lo que ha sido y ha representado para la actividad industrial y vital de San Sebastián. En aras de ello y de sus esfuerzos puestos al servicio de una comunidad sencilla y trabajadora, se alza suplicante en la negativa a morir y exige su supervivencia para que su contemplación se manifieste a todos como el paradigma a seguir y admirar de una obra bien hecha, en beneficio tanto del común de los habitantes del lugar, como de los foráneos que intentan penetrar en la intrahistoria de los pueblos.

Comprende sus limitaciones, sus pequeñeces, sin intentar vanagloriarse en sentido comparativo con obras monumentales de realce nacional o universal. Pero envuelto en ese manto de sencillez propio de las cosas domésticas en donde se vuelca el ánimo en cada una de sus vivencias y como muestra genuina de una forma estructural representativa de una época muy querida, quiere rememorar esos acontecimientos con el sencillo fin de que sean reconocidos sus esfuerzos en pro de su conservación.

Como el moribundo en sus últimos instantes, como el náufrago en sus momentos finales, en unos segundos, en una rauda sucesión de imágenes, pasan por su imaginación los acontecimientos que han marcado su impronta pueblerina. Se remonta a los años de su nacimiento, cuando aquellos Jesuítas, con una nueva mentalidad empresarial, roturadores de los suelos realengos llenos de maleza y monte bajo de Ballesteros y Gregorio, adquiridos en pública subasta, los pueblan de este árbol tan nuestro, tan pródigo, centenario y mediterráneo como es el olivo. A su fruto era necesario extraerle de sus entrañas el dorado líquido tan apreciado como alimento básico de los agricultores dedicados a su mimoso cuidado. Allí, en aquella hacienda de San Sebastián, por los años de 1620, nació de manos de albañiles rambleños la industria dedicada a tan noble menester. Un número de olivos ciertamente importante se conformó con motivación básica para su construcción, con su cuidado empiedro, su abombada caldera, su pluvial aljibe, sus robustas vigas y una cantidad de panzudas tinajas, suficientes para guardar en sus entrañas el líquido y dorado elemento, preservadas de la intemperie por una bóveda de medio cañón enladrillada que tiene la complacencia de albergarnos en el día de hoy.

Así fue desenvolviéndose en su trayectoria vital durante siglo y medio. Y en esa tesitura la encontraron los hombres “inteligentes” que el marqués de la Ensenada envió para dar fe de su existencia y que su descripción nos sirva como paso y recuerdo a la posteridad. Fuerte, pujante, con bríos suficientes para iniciar una nueva misión, cuando expulsados de sus tierras los discípulos de Ignacio de Loyola, otros hombres de ojos azules, cabelleras rubias y hablar extraño, se asentaron en sus tierras enviados por un rey ilustrado, dispuestos a cambiar de modos de vida y entregar lo mejor de sí mismo en aras de buscar y lograr unos horizontes vitales más en consonancia con los ofrecidos en su país de origen.

Su espacioso patio dio cabida a nuevos trojes o algorines donde depositar cada uno el maduro fruto de su cosecha y en donde los canalillos que conducen a los sumideros recogen el oscuro y espeso alpechín parido de las prietas, rebosantes y amontonadas aceitunas. Sus vigas se someterán los años de buena cosecha a una actividad vertiginosa, en donde hombres sudorosos, envueltos en el vapor de la caldera, el olor de la masa y del esparto de los capachos, con sus torsos semidesnudos y sus alpagatas de cañamo, cimbrean su cintura y tensan sus músculos en un quehacer de jornadas repletas de horas de cansancio sobriamente compensadas con un buen “tostón”, salido de las candentes ascuas que abrazan la caldera y mojado en verdi-rubio líquido contenido en los limpios aclaradores de su bodega.

Sobre este fondo de sombras chinescas que transitan en un ir y venir incesante de jornadas nocturnas, las voces de Antonio Garrido o de Rafael Canalejo, maes-

tros de molino, resuenan maldiciendo entre los caballetes del tejado y la torre del aprieto cuando el amarro de cáñamo o la caja del husillo saltan hechos añicos.

Así año tras año, el Molino del Rey, puesto que de esta manera lo bautizaron los propios colonos, dada su pertenencia a la Corona, y aún lo conocemos nosotros, fue degranando las décadas y las centurias hasta situarse en las fechas en donde la desamortización civil le jugó una mala pasada enajenándolo por treinta monedas a manos privadas. Empero, nunca dejó de cumplir su misión. Siempre siguió fiel a su función de molturar los frutos de los olivares pueblerinos, aunque ya le surgiesen competidores en su deambular un tanto errante, viéndose obligado a emular a esos otros que habían incorporado una técnica más moderna. El equipo de bombeo hidráulico impulsor del pistón de la prensa de aprieto, dejó en el mayor abandono sus vigas, cuyos vestigios aún podemos contemplar hoy gracias a la bondad de ejecución de su fábrica. Item más, perduraron por mucho tiempo y aún perviven —yo diría malviven— su blanco patio, su gran aljibe, su rocoso empiedro, sus panzudas tinajas, trasladadas ya del lugar donde nos reunimos a una nueva bodega lintera con el resto de la fábrica.

A mediados de nuestra centuria, el viejo Molino del Rey dejó de cumplir su misión y otros nuevos, equipados con tecnologías más avanzadas, vinieron a sustituirlo. Desde entonces su deambular incierto, su rumbo perdido, la desidia de todos y el olvido de muchos, le conducen inexorablemente a una muerte más que anunciada. El cartel de “Se vende”, colgado en su portalón adintelado bajo arco, afronta y afrenta la fachada como burla y escarnio de quien da su aquiescencia para su total desaparición sin tener en cuenta que es parte integrante e inherente a la historia y a los avatares de un pueblo.

No es la primera vez que este cronista lanza su voz de alerta y pone el grito en el cielo para salvaguardar una parte esencial del corto acervo cultural de un pueblo. Autoridades locales, provinciales y aún autonómicas, han escuchado sus quejas y sus lamentos de viva voz, o mediante escritos oficiales o publicados en la prensa. Hace poco más de un año, el diario Córdoba recogía un artículo de este firmante de crónicas titulado “El Molino del Rey se nos hunde”. Hoy nuestra comunicación lleva por encabezamiento “Requiem por un viejo molino”. No se trata de acentuar caprichosa y negativamente su situación. Quien contempla día a día su desplome, materializado en el derrumbamiento progresivo de sus tejados, en el deterioro de sus tinajas en donde se puede aún contemplar la marca jesuítica que nos habla de su antigüedad, el cegado de su aljibe, la desaparición de sus desvencijados trojes..., se de cuenta de su situación irreversible caminando hacia una muerte cierta.

Intentemos evitarlo. Con esa finalidad se levanta este último grito. Me consta la inquietud y sensibilidad puesta por las autoridades locales en este empeño, hasta ahora sin un resultado positivo. Por ello quiero volver a plantearme algunos interrogantes que en su momento hice, al hilo del expediente levantado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía hace cuatro años, con el objeto de incluirlo en el Catálogo General del Patrimonio Histórico Andaluz. Si, después de un estudio concienzudo, se llega a la conclusión de su salvaguarda al ser importante quede testimonio de una arquitectura y de un tipo de rico significado históri-

co y cultural antes de su desaparición, según se afirma en el mismo ¿por qué no se ha procedido ya a su aprobación? ¿Cómo las instituciones y sus representantes se cruzan de brazos mientras contemplamos su arrasamiento? ¿Es posible que un pueblo, por pequeño que sea, no tenga derecho a preservar y disfrutar el escaso patrimonio que posee? Unas motivaciones políticas ¿pueden implicarse en la salvaguarda de bienes culturales?.

Este es mi último clamor. Creo que mis lamentos son compartidos y se encuentra en la órbita de todos mis paisanos sentidores y orgullosos de su pasado. Desde esta tribuna le ruego al alcalde, vuelva a redoblar sus esfuerzos para que el empeño no quede fallido. Junta de Andalucía, Proder..., llámese como sea. El Molino del Rey, contemplado desde la perspectiva histórica decantadora de intereses particulares y políticas partidistas, nos llama en su defensa. Nuestro objetivo se centra en salvarlo de la ruina o de la piqueta, al igual que se hizo con la Tahona. Esperemos celebrarlo para el bien de un pueblo que hoy aún goza de su acogida y admira a propios y extraños. Dios quiera que este "requiem" quede en suspenso y muy pronto podamos proclamar que el Molino, este molino nuestro, va a perdurar en recuerdo del pasado y en beneficio del acervo cultural de su pueblo.



Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales



Diputación de Córdoba